

Cómo planificar para tener éxito

Sábado de tarde, 18 de febrero

Es una mala práctica de los hombres procurar mejorar el plan de Dios... Debemos calcular fielmente el diezmo, y luego decirle al Señor: He hecho como me has ordenado. Si quieres honrarme confiándome tus bienes para que yo negocie con ellos, por tu gracia seré un fiel administrador y me esforzaré definitivamente para que haya alimento en tu casa...

Las personas que tienen grandes responsabilidades comerciales deben asegurarse de que no roban a Dios en lo más mínimo, como se dice en Malaquías. Allí se nos dice que reciben bendición los que devuelven fielmente el diezmo, y maldición los que lo retienen codiciosamente. Entonces, ¿no deberíamos asegurarnos de que obramos del lado seguro, tratando de tal manera los preceptos de Dios en nuestro manejo de la propiedad que nos ha prestado bajo confianza que no pueda caer ni una sombra de reproche sobre nosotros? No es necesario que pregunte; ¿no bendecirá Dios a los que le son fieles? Hemos empeñado su palabra (*That I May Know Him*, p. 221; parcialmente en *A fin de conocerle*, p. 220).

En su capacidad de Mediador, Cristo concede a sus siervos la presencia del Espíritu Santo. Es la eficacia del Espíritu la que capacita a los agentes humanos para ser representantes del Redentor en la tarea de salvar almas. Es indispensable que nos coloquemos bajo la influencia modeladora del Espíritu Santo si queremos unirnos con Cristo en esta obra. El poder impartido de este modo nos capacita para trabajar con el Señor, en el vínculo de la unidad, como colaboradores suyos en la salvación de las almas. A todo aquel que se ofrece al Señor para servir, sin retener nada, se le concede poder para alcanzar resultados sin medida.

Mediante una promesa eterna, Dios se ha comprometido a suplir de poder y gracia a todo aquel que se santifica mediante la obediencia de la verdad. Cristo, a quien se le ha entregado todo el poder en el cielo y en la tierra, aprueba a sus instrumentos y colabora con ellos: esas almas fervientes que participan cotidianamente del pan vivo "que descende del cielo". Juan 6:50. La iglesia de la tierra, unida con la iglesia celestial, puede lograr todas las cosas (*Testimonios para la iglesia*, t. 7, p. 32).

[N]uestro negocio o vocación forma parte del gran plan de Dios y, mientras se lleve a cabo de acuerdo con su voluntad, él se responsabili-

zará de los resultados. Como “colaboradores de Dios”, la parte que nos toca es obedecer fielmente sus instrucciones. No hay, por lo tanto, lugar para la preocupación y la ansiedad. Se requieren diligencia, fidelidad, cuidado, economía y discreción. Cada facultad debe emplearse hasta lo sumo. Pero no debemos poner nuestra confianza en el resultado feliz de nuestros esfuerzos, sino en la promesa de Dios. La Palabra que alimentó a Israel en el desierto, y mantuvo a Elías mientras prevalecía el hambre, tiene hoy el mismo poder que entonces. “No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos?... Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”. Mateo 6:31-33 (*La educación*, p. 138).

Domingo, 19 de febrero: Vayamos por partes

“Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud”. Eclesiastés 12:1. Jesús desea el servicio de los que tienen el rocío de la juventud. Quiere que sean herederos de la inmortalidad. Pueden llegar a ser hombres y mujeres nobles a pesar de la corrupción que abunda y mancilla a tantos de los jóvenes en su temprana edad. Pueden ser libres en Cristo, hijos de la luz, no de las tinieblas.

Dios pide a cada joven y señorita que renuncie a todo hábito malo, que sea diligente en los negocios, ferviente en espíritu, sirviendo al Señor... que... por el poder de su Espíritu, [él] les dará fuerza para vencer.

Los esfuerzos individuales, constantes, unidos, serán recompensados con el éxito. Los que desean hacer mucho bien en este mundo deben estar dispuestos a hacerlo al modo de Dios: realizando cosas pequeñas...

El progreso constante en una buena obra, la repetición frecuente de una clase de servicio fiel, es de más valor a la vista de Dios que el hacer una gran obra, y los jóvenes ganarán una buena reputación dando carácter a sus esfuerzos (*Mensajes para los jóvenes*, p. 262).

El que da a los hombres la facultad de obtener riquezas, ha unido al don una obligación. Reclama una porción determinada de todo lo que adquirimos. El diezmo pertenece al Señor. “Y el diezmo de la tierra, así de la simiente de la tierra como del fruto de los árboles”... “Y todo diezmo de vacas o de ovejas... será consagrado a Jehová”. Levítico 27:30, 32. La promesa hecha por Jacob en Bétel, muestra lo que abarca la obligación. “De todo lo que me dieres —dijo—, el diezmo apartaré para ti”. Génesis 28:22.

“Traed los diezmos al alfolí” (Malaquías 3:10), es la orden de Dios. No se extiende ninguna invitación a la gratitud o generosidad. Es una cuestión de simple honradez. El diezmo pertenece al Señor, y él nos ordena que le devolvamos lo que le pertenece.

“Se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel”. I Corintios 4:2. Si la honradez es un principio esencial en los negocios,

¿no hemos de reconocer nuestra obligación hacia Dios, obligación en la que se basan todas las demás? (*La educación*, pp. 138, 139).

Con una parte del hombre Dios hizo a una mujer, a fin de que fuese ayuda idónea para él, alguien que fuese una con él, que le alegrase, le alentase y bendijese, mientras que él a su vez fuese su fuerte auxiliador. Todos los que contraen relaciones matrimoniales con un propósito santo —el esposo para obtener los afectos puros del corazón de una mujer, y ella para suavizar, mejorar y completar el carácter de su esposo— cumplen el propósito de Dios para con ellos (*El hogar cristiano*, p. 84).

En la relación matrimonial se da un paso muy importante: la fusión de dos vidas en una... Concuerta con la voluntad de Dios que el hombre y su esposa estén unidos en su obra, para realizarla con integridad y santidad. Y ellos pueden hacerlo.

La bendición de Dios en el hogar donde existe esta unión es como la luz del sol que proviene del cielo, porque la voluntad de Dios ordenó que el hombre y su esposa estén unidos por los santos lazos del matrimonio, bajo el gobierno de Jesucristo y la dirección de su Espíritu (*El hogar cristiano*, pp. 86, 87).

Lunes, 20 de febrero: La bendición del trabajo (idealmente)

El que enseñó a Adán y Eva en el Edén a cuidar del huerto desea instruir hoy a los hombres. Hay sabiduría para quien maneja el arado y siembra la semilla. Dios abrirá caminos a los que confían en él y le obedecen. Sigán adelante con valor, confiando en Aquel que les satisface las necesidades conforme a la riqueza de su bondad.

El que dio de comer a la muchedumbre con cinco panes y dos pececillos puede darnos hoy el fruto de nuestro trabajo. El que dijo a los pescadores de Galilea: “Echad vuestras redes para pescar”, y que, al obedecer ellos, las llenó hasta que se rompían, desea que su pueblo vea en ello una prueba de lo que él quiere hacer por ellos hoy. Aún vive y reina el Dios que dio a los hijos de Israel en el desierto el maná del cielo. Él guiará a su pueblo, y le dará destreza y entendimiento para la obra que está llamado a realizar. Dará sabiduría a los que luchan por cumplir consciente e inteligentemente con su deber. El Dueño del mundo es rico en recursos, y bendecirá a todo aquel que procure beneficiar a los demás.

Necesitamos mirar al cielo con fe. No deberíamos desalentarnos por aparentes fracasos y dilaciones. Debemos trabajar animosos, llenos de esperanza, agradecidos, con la certidumbre de que la tierra encierra en su seno ricos tesoros para que los almacene el obrero fiel, reservas más preciosas que el oro o la plata. Los montes y collados se alteran; la tierra envejece como un vestido; pero nunca faltará la bendición de Dios, que adereza para su pueblo mesa en el desierto (*El ministerio de curación*, p. 152).

En el principio el Señor ordenó a Adán que cultivara la tierra. Esta

tarea resultó mucho más difícil debido a la transgresión de la ley de Dios. Al pecar, el hombre obró contra su propio bien presente y eterno. La tierra fue maldita porque debido a la desobediencia humana Satanás tuvo la oportunidad de sembrar en el corazón la semilla del mal. La tierra, que al principio producía solo lo bueno, comenzó a producir cizaña, y su desarrollo produjo una lucha continua (*Cada día con Dios*, p. 10).

El nombre “siervo” se aplica a todos los hombres, pues todos lo somos, y nos convendrá ver a qué molde nos conformamos. ¿Es el de la infidelidad o el de la fidelidad?

¿Están los siervos generalmente dispuestos a hacer todo lo que pueden? ¿No es más bien costumbre prevaleciente deslizarse por el trabajo tan rápida y fácilmente como sea posible y obtener el salario al menor costo posible? El fin no es ser tan cabal como se pueda, sino obtener una remuneración. Los que profesan ser siervos de Cristo no deberían olvidar el precepto del apóstol Pablo: “Siervos, obedeced en todo a vuestros amos terrenales, no para ser vistos como los que quieren agradar a los hombres, sino con sinceridad de corazón, por respeto a Dios. Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor, y no para los hombres; seguros de que recibiréis del Señor la recompensa de la herencia; porque a Cristo el Señor servís”. Colosenses 3:22-24 (*Mensajes para los jóvenes*, p. 160).

Martes, 21 de febrero: Los años productivos

Más de un hombre hubiera escapado al fracaso y a la ruina financiera, si hubiese tenido en cuenta las advertencias que las Escrituras repiten y recalcan.

“El que se apresura a enriquecerse no será sin culpa”. Proverbios 28:20.

“Las riquezas de vanidad disminuirán; pero el que recoge con mano laboriosa las aumenta”. Proverbios 13:11.

A estos principios está ligado el bienestar de la sociedad, tanto en las relaciones seculares como en las religiosas. Ellos son los que dan seguridad a la propiedad y la vida. Por todo lo que hace posible la confianza y la cooperación, el mundo es deudor a la ley de Dios, según la da su Palabra, y según se puede encontrar aún, en rasgos a menudo oscuros y casi borrados, en el corazón de los hombres.

Las palabras del salmista: “Mejor me es la ley de tu boca, que millares de oro y plata” declaran algo que es cierto desde otros puntos de vista, fuera del religioso. Declaran una verdad absoluta, reconocida en el mundo de los negocios. Hasta en esta época de pasión por la acumulación de dinero, cuando hay tanta competencia y los métodos son tan poco escrupulosos, se reconoce ampliamente que, para el joven que se inicia en la vida, la integridad, la diligencia, la temperancia, la economía y la pureza constituyen un capital mejor que el constituido meramente por una suma de dinero (*La educación*, pp. 136, 137).

Por su ejemplo, [Jesús]-nos enseñó que es nuestro deber ser laboriosos, y que nuestro trabajo debe cumplirse con exactitud y esmero, y que una labor tal es honorable. El ejercicio que enseña a las manos a ser útiles, y prepara a los jóvenes para llevar su parte de las cargas de la vida, da fuerza física y desarrolla toda facultad. Todos deben hallar algo que hacer benéfico para sí y para otros. Dios nos asignó el trabajo como una bendición, y solo el obrero diligente halla la verdadera gloria y el gozo de la vida. La aprobación de Dios descansa con amante seguridad sobre los niños y jóvenes que alegremente asumen su parte en los deberes de la familia, y comparten las cargas de sus padres. Los tales, al salir del hogar, serán miembros útiles de la sociedad.

Durante toda su vida terrenal, Jesús trabajó con fervor y constancia. Esperaba mucho resultado; por lo tanto, intentaba grandes cosas... Jesús no rehuyó los cuidados y la responsabilidad... El carácter positivo y enérgico, sólido y fuerte que manifestó Cristo, debe desarrollarse en nosotros, mediante la misma disciplina que él soportó. Y a nosotros se nos ofrece la gracia que recibió él (*El Deseado de todas las gentes*, pp. 53, 54).

Hay ciencia en la clase más humilde de trabajo; y si todos tuvieran ese concepto, verían nobleza en el trabajo. El corazón y el alma han de ser puestos en el trabajo, cualquiera sea la clase; entonces hay alegría y eficiencia. En las ocupaciones agrícolas y mecánicas, los hombres pueden dar evidencia ante Dios de que aprecian su don en las capacidades físicas, como también en las facultades mentales. Empléese la capacidad educada en idear mejores métodos de trabajo. Esto es lo que el Señor quiere. Todo tipo de trabajo que necesite ser hecho es honorable. Que la ley de Dios se convierta en una norma de acción, y entonces ella ennoblecerá y enaltecerá todo trabajo. La fidelidad en el desempeño de todo deber hacen del trabajo algo noble, y revela un carácter que Dios puede aprobar (*Notas biográficas de Elena G. de White*, p. 387).

Miércoles, 22 de febrero: Trabajar con integridad

El cimiento de la integridad comercial y del verdadero éxito es el reconocimiento del derecho de propiedad de Dios. El Creador de todas las cosas es el propietario original. Nosotros somos sus mayordomos. Todo lo que tenemos es depósito suyo para que lo usemos de acuerdo con sus indicaciones.

Esta obligación pesa sobre cada ser humano. Se aplica a toda la gama de la actividad humana. Reconozcámoslo o no, somos mayordomos a quienes Dios ha otorgado talentos y capacidades, y los ha puesto en el mundo para hacer la obra que él les ha asignado.

A cada hombre se le confiere "su obra", la obra para la cual lo capacitan sus aptitudes, la que dará como resultado la mayor suma de bien para sí mismo y sus semejantes, y la mayor honra para Dios (*La educación*, pp. 137, 138).

La fuerza de carácter consiste en dos cosas: la energía de la voluntad y del dominio propio. Muchos jóvenes consideran equivocadamente como fuerza de carácter la pasión arrolladora; pero la verdad es que el que se deja dominar por sus pasiones, es un hombre débil. La verdadera grandeza del hombre y su nobleza se miden por el poder de los sentimientos que subyuga, no por el de los sentimientos que lo vencen a él. El hombre más fuerte es aquel que, aunque sensible al ultraje, refrena sin embargo la pasión y perdona a sus enemigos. Los tales hombres son verdaderos héroes...

Dios nos ha dado nuestras facultades intelectuales y morales; pero en extenso grado cada persona es arquitecto de su propio carácter. Cada día va subiendo la estructura. La Palabra de Dios nos advierte que prestemos atención a cómo edificamos, para que nuestro edificio se funde, en la Roca eterna. Llegará el tiempo en que nuestra obra quedará revelada tal cual es. Ahora es el momento para que todos cultiven las facultades que Dios les ha dado, a fin de que puedan desarrollar un carácter que tenga utilidad aquí y sea apto para la vida superior (*Testimonios para la iglesia*, t. 4, p. 649).

“Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios”. En la consagración de todo el ser, tanto físico como mental, al control del Espíritu de Dios, este principio es el fundamento de cada acción, pensamiento, y motivo. Se deben crucificar las pasiones y la voluntad no santificada. Esta puede ser considerada una tarea estricta y rigurosa. Sin embargo, la debe realizar, o escuchará la terrible sentencia de labios de Jesús: “Apártate”. Usted puede hacer todas las cosas mediante Cristo que lo fortalece... Necesita exclamar fervorosamente: “Oh Dios, conviérteme lo más íntimo de mi alma”. Así podrá ejercer una influencia benéfica sobre otros jóvenes... Que el Dios de paz lo santifique totalmente: alma, cuerpo y espíritu (*Exaltad a Jesús*, p. 256).

José caminó con Dios. No permitió que se lo desviara de la senda de la justicia para desobedecer la ley de Dios ni con halagos ni con amenazas. Su dominio propio y su paciencia en la adversidad, y su inalterable fidelidad, han quedado registrados para beneficio de todos los que habrían de vivir más tarde sobre la tierra. Cuando sus hermanos reconocieron su pecado en su presencia, los perdonó ampliamente y manifestó mediante sus actos generosos y amantes que no albergaba resentimiento por la forma cruel como lo habían tratado previamente (*La historia de la redención*, p. 105).

Jueves, 23 de febrero: Buscar consejos piadosos

Cuando lo juzga bueno, el Señor da a quienes guardan su Palabra poder para ejercer fuerte influencia en favor del bien. De hecho, ellos dependen de Dios, y a él tendrán que dar cuenta de la manera en que empleen los talentos que les confió. Deben comprender que son administradores de los bienes del Señor y que deben glorificar su nombre.

Los que hayan puesto todos sus afectos en Dios tendrán éxito. En Cristo, se perderán a sí mismos de vista y los atractivos del mundo no tendrán ningún poder para apartarlos de la obediencia. Comprenderán que los adornos exteriores no dan fuerza. No es una apariencia importante la que representa de una manera correcta la obra que debemos realizar como pueblo elegido de Dios. Los que trabajan en relación con nuestra obra pro salud deben estar adornados de la gracia de Cristo. Ello les permitirá ejercer la mayor influencia que sea dable ejercer para el bien (*Testimonios para la iglesia*, t. 7, p. 90).

Los hombres más sabios aprenden lecciones útiles de los modos y hábitos de las pequeñas criaturas de la tierra. La industriosa abeja da a los hombres inteligentes un ejemplo que harían bien en imitar. Esos insectos observan un perfecto orden y en el enjambre no se tolera la ociosidad. Ejecutan la tarea asignada con una inteligencia y una actividad que sobrepasan nuestro entendimiento. Las hormigas, a las cuales consideramos como una plaga que debe ser aplastada con el pie, en muchos aspectos son superiores a los hombres porque estos son inteligentes y no mejoran los dones de Dios. El hombre sabio atrae nuestra atención hacia las pequeñas cosas de la tierra: “Ve a la hormiga, oh perezoso, mira sus caminos, y sé sabio; la cual no teniendo capitán, ni gobernador, ni señor, prepara en el verano su comida, y recoge en el tiempo de la siega su mantenimiento”. “Las hormigas, pueblo no fuerte, y en el verano preparan su comida”. Proverbios 6:6; 30:25. De esos pequeños maestros podemos aprender una lección de fidelidad. Si con la misma diligencia, nos aplicásemos a mejorar las facultades que el Creador omnisciente nos ha otorgado, ¡cuánto aumentarían nuestras capacidades para ser útiles! Dios tiene puesto sus ojos en la menor de sus criaturas; ¿acaso no contemplará al hombre creado a su imagen y le exigirá que corresponda a todos los favores que le ha concedido? (*Testimonios para la iglesia*, t. 4, pp. 446, 447).

Jesús ha estado entregando bienes a sus siervos siglos tras siglo. Una generación tras otra ha ido acumulando la herencia de la fe; los talentos han aumentado grandemente con el uso, y han llegado hasta nosotros. Somos como siervos contratados. Él nos compró, y pagó el precio del rescate con su propia sangre para asegurar nuestro servicio voluntario...

Todo lo que pide de usted es que use los talentos que se le han confiado. Si piensa que Dios le ha dado cinco talentos, consuéllese con la idea que él no espera de usted la adición de diez. ¡En el nombre de Jesús de Nazaret, le insto a que eleve su mirada! El arco iris de la promesa está rodeando el trono (*Alza tus ojos*, p. 341).

Viernes, 24 de febrero: Para estudiar y meditar

En los lugares celestiales, “El oro del carácter cristiano”, 15 de junio, p. 175;

Mi vida hoy, “Los talentos y su recompense”, 19 de abril, p. 119.